

Lamentamos mucho sus dificultades y esperamos remediarlas muy pronto, y ver aquí lo favorable a usted.

Los hombres del Gobierno no ignoran su nombre vinculado con el autor de la letra al himno de la Patria. Todos tienen presente el histórico 20 de Setiembre de 1821 y el entusiasmo de San Martín y sus colaboradores esa tarde memorable en que la voz de Rosa Merino hizo conocer las estrofas de su marcha patriótica en el templo de San Carlos.

Un poco de paciencia le pide su amigo.

Manuel del Río.

Archivo Nacional

BIOGRAFIA DE DON JOSE BERNARDO ALCEDO APARECIDA EN SU OBRA "LA FILOSOFIA ELEMENTAL DE LA MUSICA" EN LA QUE SE DA LAS PRIMERAS NOTICIAS SOBRE EL CONCURSO Y LA LETRA ORIGINAL DEL HIMNO NACIONAL

D. JOSE BERNARDO ALZEDO

La obra que hoy ve la luz pública, ha sido la producción de un hombre tan digno como modesto. Largos años de un trabajo penoso y con frecuencia interrumpido, momentos de angustia, dificultades de todo género la han acompañado hasta su conclusión, y han contribuido a que reposase en indefinida y lamentable oscuridad, lo que tantas fatigas había costado. Propicia al fin la Providencia, permite que el talento coseche su recompensa. Su autor sólo ha querido dar un timbre honroso a su patria y si lo ha conseguido, el público lo dirá. Para él, no es desconocido Alcedo. Como escritor, como compositor del *Himno Nacional*, como veterano de la independencia, sus compatriotas le han hecho ya justicia, y un rápido bosquejo de los incidentes de su larga vida formará la mejor introducción de la obra que hoy sale a luz.

José Bernardo Alzedo, hijo de José Isidoro Alzedo y de Rosa Larraín, nació en Lima el año de 1798. Pasó los primeros años de

su vida en el hogar doméstico, oyendo los consejos y recibiendo los tiernos cuidados de su madre Da. Rosa.

Contaba seis años cuando ingresó por la vez primera en un establecimiento de educación, y durante los cuatro años que allí estuvo concluyó todos sus estudios preliminares.

A instancias de su padrino, abandonó las aulas cuando ya se iniciaba en los secretos de la gramática latina. El buen señor, que quería mucho al ahijado, no dejó de percibir que el joven era aficionado al canto, y que retenía con tenacidad admirable lo que una sola vez oyera.

Persuadir a la madre para que dedicase al niño a la música, y no a la medicina, como se había pensado, fue desde entonces su proyecto. La elocuencia natural, compañera siempre de la convicción, dio fuerza al buen padrino, e hizo que lograrse lo que tanto anhelaba. «Comadre», le decía a Da. Rosa, «José Bernardo está destinado por la naturaleza para la música y no para otra cosa».

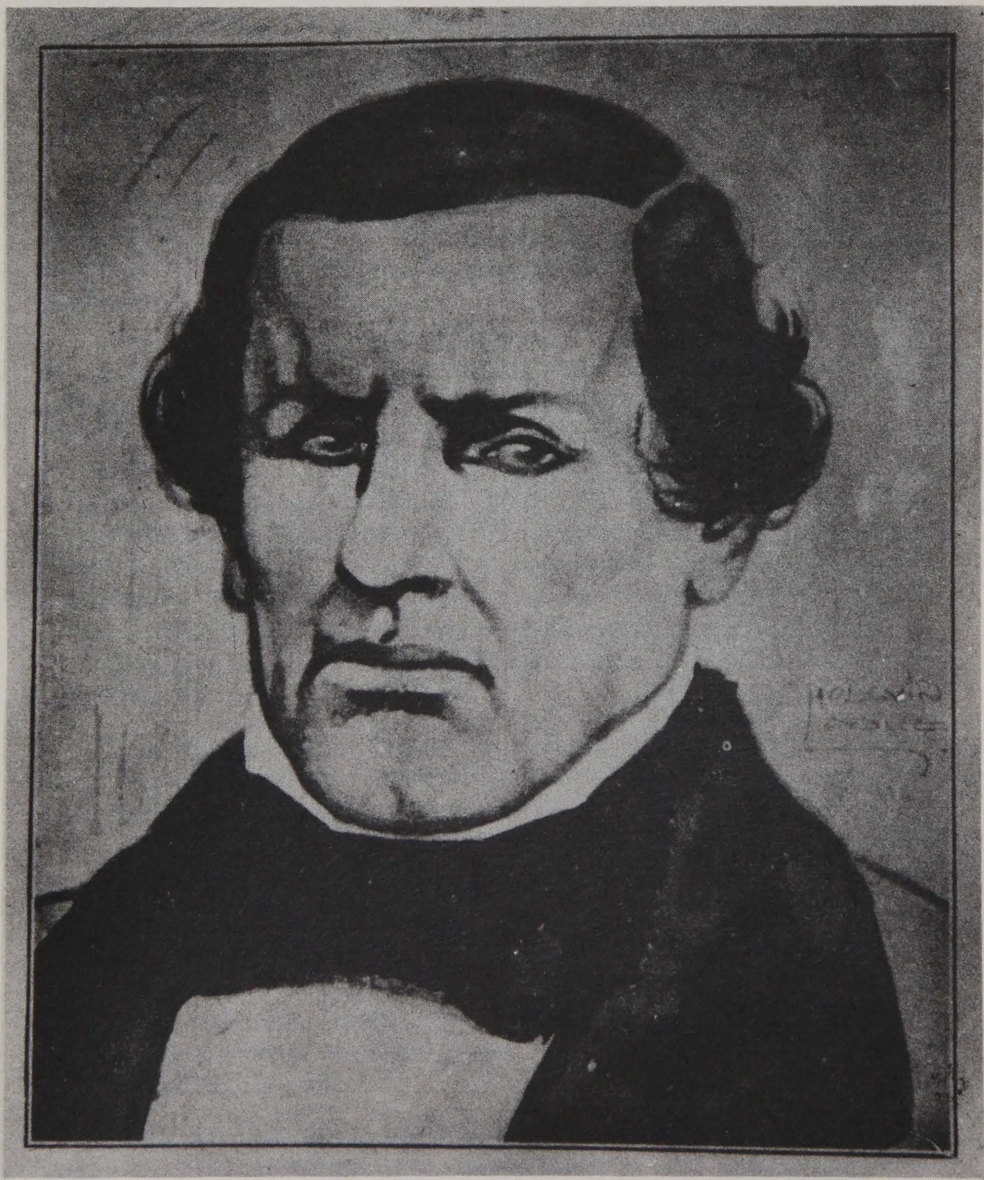
Desde entonces se fijó el destino de Alcedo.

Convencida la buena madre, resuelta a seguir estos consejos, logró que el joven Bernardo entrase en el convento de los Agustinos, donde a la sazón florecía una acreditada academia dirigida por Fray Cipriano Aguilar. No bastó la solicitud maternal para asegurar los adelantos del hijo, y poco después, habiendo llegado a oídos de Da. Rosa, que las lecciones de los buenos padres Agustinos eran tan oscuras como inútiles, determinó separar al niño de ese convento y trasladarlo al de Dominicos.

Entonces era universal la reputación artística del Dominico Fray Pascual Nieves, buen tenor y mejor organista, y fue por este motivo que él tuvo la suerte de dirigir los primeros pasos de Bernardo en una senda que debía conquistarle más tarde un nombre envidiable. Fue la primera diligencia del Padre Nieves tener una idea de lo que ya sabía su nuevo alumno. Lo hizo solfear una lección, y muy mal debió desempeñarse Bernardo, cuando excitó las risas de los demás alumnos.

Este incidente se convirtió en poderoso estímulo.

Herido su amor propio y conmovida su alma delicada, con lágrimas en los ojos, decía a sus compañeros: «Ustedes me han avergonzado, burlándose de mi torpeza, pero no se reirán más, yo lo prometo.»



Don José de la Torre Ugarte. Autor de la Letra del Himno Nacional. Ilustración de Holguín de Lavalle en la Revista Mundial, edición del Centenario de la Independencia.

Desde ese día, su asiduidad no tuvo límites. ¡Cuántas noches, mientras sus compañeros dormían, él solo y olvidado, permanecía con el papel en la mano, a la débil luz de una bujía, descifrando y analizando la lección que debía repetir al día siguiente! Esta incesante y absoluta contracción le valió más de una seria reconvención. El maestro temía, y no sin justicia, que aplicación tan extraordinaria le costase la vida al discípulo.

La recompensa de todas estas fatigas no se hizo esperar. Fray Pascual, secretamente contento, no vaciló en corresponder al empeño de Bernardo. Dos horas en la noche ayudaba al alumno, y tantos esfuerzos no podían menos que ser coronados del más brillante éxito.

Seis meses después, cuando sólo tenía once años, no había trozo de música que no fuese interpretado por Bernardo. Fue nombrado pasante de la Academia, y para ser más señalado este premio, Fray Pascual reunió a todos los alumnos, y delante de ellos le confirió el título con estas palabras: «Es preciso distinguir al que se distingue.» Los avergonzados discípulos miraban de hito en hito al que tanta honra había merecido, y esta ceremonia, simple y característica, la terminó el favorecido, con estas palabras dirigidas a los alumnos: «Vosotros os mofasteis de mi ignorancia hace seis meses, cuando por mi felicidad vine al poder de mi sabio maestro, y ahora que pudiera obrar del mismo modo, prefiero ayudaros y servirlos en cuanto pueda.»

Poco tiempo duró Alzedo en esta Academia, porque obligado Fray Pascual a salir de Lima, todo se concluyó en el establecimiento. Este suceso privó a Alzedo de consejos saludables y de sólida doctrina; sin embargo, con los conocimientos que ya poseía, se dedicó al estudio de Haydn y de Mozart: oía con atención la misa de éstos y otros maestros, y aún componía ya pequeños *motetes*.

A los diez y ocho años compuso su primera misa en *Re mayor*. Asombró a todos tan prematuro trabajo, siendo muchos los que no creían que era obra suya, circunstancia que hizo sufrir al nuevo compositor multitud de disimulados exámenes, en todos los cuales salió airoso su talento.

Hacía ya tres años que por la continua habitación en el convento, su trato constante con los religiosos y con sus jóvenes compañeros de coro, Alcedo había sido inducido a abrazar la vida monástica, concurriendo a ello, aunque no el consejo, al menos la aquiescencia de su buena madre. Entonces comenzaban a desarrollarse los primeros sucesos de la gloriosa emancipación peruana, y

con ellos se iniciaba para Alcedo la segunda era de su vida, y la que debía darle un nombre que no morirá jamás.

Corría el año de 1821. El 9 de Julio las huestes de San Martín se apoderaron de Lima, y diez y nueve días después se proclamaba la independencia del Perú por aquel caudillo, en la plaza principal de la capital. Al mes siguiente la *Gaceta Ministerial* registraba un llamamiento hecho por el Gobierno, a los artistas y compositores, para que escribiesen un himno patriótico, señalando al mismo tiempo, como recompensa al artista que resultase agraciado por la adopción de su himno, *el premio del Gobierno y las gracias de sus conciudadanos*. El objeto del Gobierno, al abrir este concurso, era adoptar un himno, el más perfecto posible, como Himno Nacional de la República.

Lucha tan noble no pudo menos que excitar el celo y despertar las aspiraciones, al mismo tiempo que halagar las esperanzas de muchos ciudadanos.

Siete composiciones entraron en el concurso. El día prefijado fueron examinadas todas ellas, y ejecutadas en el orden siguiente: La del Músico Mayor del batallón «Numancia», la de Alcedo, la de Guapaya, la de Tena, la de Filomeno, la de Aguilar, y por último, otra de Alcedo.

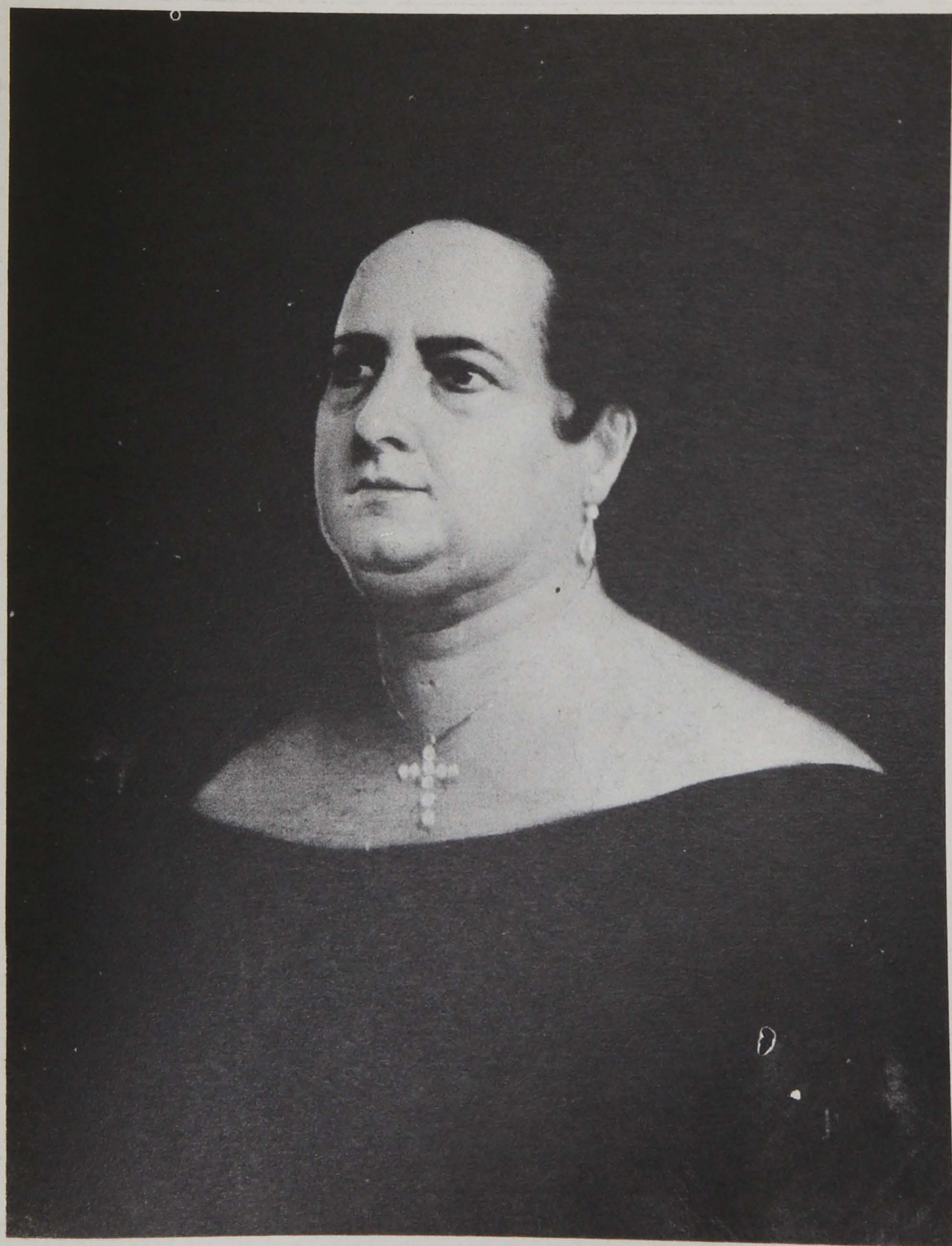
Apenas hubo terminado la ejecución de esta última, San Martín, poniéndose de pie, exclamó: «Sin disputa, este es el Himno Nacional del Perú». Al día siguiente, un decreto confirmaba esta opinión expresada en un momento de entusiasmo.

El nuevo Himno fue estrenado la noche que se celebró en Lima la entrega de las fortalezas del Callao. Alcedo, conducido al salón presidencial por el Coronel Paroissien, fue objeto de atenciones de todo género y estuvo presente en este triunfo de su encantador talento cuyas primicias había consagrado a su naciente patria. La bella voz de la señora Rosa Merino fue la primera que entonó nuestra Canción Nacional.

Los versos originales de la Canción, algo alterados hoy, son los siguientes:

CORO

*¡Somos libres! ¡seámoslo siempre!
Y antes niegue sus luces el Sol,
Que faltemos al voto solemne
Que la Patria al Eterno elevó.*



Doña Rosa Merino. A quien se le adjudica el privilegio de haber cantado por primera vez el Himno Nacional. Oleo de Raúl N. Pereyra 1930. Museo Nacional de Historia.

Ya el estruendo de roncás⁽¹⁾ cadenas,
Que escucharon tres siglos de horror
De los libres, al grito sagrado
Que oyó atónito el mundo, cesó.
Por doquier San Martín inflamado,
Libertad! libertad! pronunció;
Y meciendo su base los Andes,
La enunciaron también a una voz.

¡Somos libres! etc.

Con su influjo los pueblos despiertan
Y cual rayo, corrió la opinión,
Desde el istmo, a las tierras del fuego,
Desde el fuego a la helada región.
Todos juran romper el enlace,
Que Natura a ambos mundos negó,
Y quebrar ese cetro que España
Reclinaba orgullosa en los dos.

¡Somos libres! etc.

Lima cumple ese voto solemne,
Y severa su ojo ⁽²⁾ mostró
Al tirano impotente lanzando,
Que intentaba alargar su opresión.
A su esfuerzo, saltaron los hierros
Y los surcos que en sí reparó
Le atizaron el odio y venganza
Que heredó de su Inca y Señor.

¡Somos libres! etc.

Compatriotas, no mas verla esclava
Si humillada tres siglos gimió,
Para siempre jurémosla libre
Manteniendo su propio esplendor.
Nuestros brazos hasta hoy desarmados,
Esten siempre cebando el cañón,
Que algún día las playas de Hesperia,
Sentirán de su estruendo el terror.

¡Somos libres! etc.

Excitemos los celos de España,
Pues presiente con mengua y furor,
Que en concurso de grandes naciones
Nuestra patria entrará en parangón.

(1) En la obra se dice "roncas", por broncas.

(2) Otra errata: ojo por enojo.

En la lista que de estas se forme
Llenaremos primero el renglón,
Que el tirano ambicioso de Iberia
Que la América toda asoló.

¡Somos libres! etc.

En su cima los Andes sostengan
La bandera o pendón bicolor,
Que a los siglos anuncie el esfuerzo
Que ser libres por siempre nos dio.
A sus sombras vivamos tranquilos,
Y al nacer por sus cumbres el Sol
Renovemos el gran juramento
Que rendimos al Dios de Jacob.

¡Somos libres! etc.

Estos versos son de D. Juan José Latorre Ugarte.

Las ideas liberales de Alzedo y el ardiente deseo que sentía de contribuir a la emancipación definitiva de su patria, le hicieron abandonar las sombras del claustro y enrolarse en el ejército. Solicitado por varios jefes colombianos, rehusó sus ofrecimientos, decidiendo, por fin, incorporarse en el batallón N° 4 de Chile, el 15 de Agosto de 1822. Esta determinación la debió a la amistad de D. José Francisco Gana, entonces Mayor de ese cuerpo.

Con ese batallón marchó Alzedo a Chile, después de haber figurado en varias campañas. He aquí el informe expedido por el General Gana, sobre los servicios militares de Alcedo:

«Señor Comandante General de Armas.

«El General que suscribe, en vista del decreto de US, que ante-
cede, tiene el honor de informar que, hallándose el batallón N° 4
«de Chile, cuyos jefes eran el Coronel D. José Santiago Sánchez y
«el que informa, acuartelado en la ciudad de Lima, fue incorporado
«D. José B. Alzedo como Música Mayor, en clase de Sub-teniente
«de ejército, agregado a la plana mayor de dicho cuerpo.

«En esta clase, salió para el campamento de Huachipa, en donde
«desempeñó su deberes, sobrepasando las esperanzas de sus jefes, por
«haber dado a la banda de música una instrucción sorprendente.

«De aquel campamento salió el batallón, destinado a la cam-
«paña de intermedios, bajo las órdenes del General D. Rudecindo

«Alvarado, y se encontró Alcedo en las acciones de Torata y Moquegua, comportándose en ellas a satisfacción de sus jefes.

«Habiendo regresado el batallón a Lima, después de las desgraciadas jornadas que se acaban de indicar, pasó a guarnecer las fortalezas del Callao, que al poco tiempo fueron sitiadas por todo el ejército español, a las ordenes del General Canterac. Durante este sitio se confió al batallón, mandado ya en esa época por el Comandante D. José F. Gana, la defensa de la fortaleza del Sol. Allí se encontró también Alzedo, dando pruebas siempre de ser un oficial distinguido y de honor.

«Aun no habían levantado del todo los españoles el sitio de la plaza del Callao, cuando el Batallón N° 4 fue mandado para formar parte de la segunda expedición que salió a intermedios, a las órdenes del infortunado Mariscal de Ayacucho D. Antonio J. de Sucre.

«El Batallón N° 4 llegó, por accidentes imprevistos, primero que todos los cuerpos que componían la expedición, al puerto de Quilca, en donde fue amagado el día siguiente por una fuerza de infantería y caballería, doblemente mayor que la suya. El Comandante de dicho cuerpo, que lo era el que suscribe, en lugar de reembarcarse, resolvió por razones que no son del caso referir, resistir a la expresada fuerza. Felizmente, la victoria se declaró en favor de las armas de la Patria, y dio por resultado la toma de Arequipa.

«En esta campaña, como en todas las demás, se hizo acreedor Alzedo por su brillante comportamiento, al aprecio y distinción de todos sus compañeros de armas, que lo reconocían como un oficial de mucho mérito, y muy digno de las consideraciones que no sólo en su cuerpo, sino en todo el ejército, se le prodigaban.

«Obligada la expedición del General Sucre a retirarse de Arequipa, regresó a Lima, y de allí volvió otra vez a intermedios, a las órdenes del mismo General, formando siempre parte de ella el Batallón N° 4, que fue destinado a Cobija. Allí recibió órdenes de volver a Chile, y Alcedo vino entonces a nuestro país, en su clase de Músico Mayor, incorporado a la plana mayor, como Subteniente de ejército.

«Aquí obtuvo su licencia y separación del servicio, con gozo de fuero y uso de uniforme.

«Es cuanto puedo informar en obsequio de la verdad y para usos que convenga al interesado.

«José Francisco Gana».

En la capital de Chile, Alzedo se dio a conocer muy pronto, y sus indisputables conocimientos en la música lo hacían solicitar de todos.

Durante los cuarenta años que residió en Santiago, se ocupó no sólo en la enseñanza particular, sino en la de los establecimientos de educación, en la dirección de bandas militares, y en los conventos de Franciscanos, Dominicos y Agustinos; en estos últimos, sus servicios profesionales eran tanto más indispensables, cuanto que el canto llano se ignoraba por completo en Chile.

En 1846, el Illmo. y Reverendísimo Arzobispo Dr. D. Rafael Valentín Valdivieso, confirió a Alzedo el título y empleo de Maestro de Capilla de su iglesia Catedral, y es público y notorio, que en el desempeño de los deberes de este cargo fue intachable, escribiendo muchas obras originales, para enriquecer con ellas los archivos del coro Metropolitano.

Durante su larga residencia en Chile, el maestro Alzedo contrajo matrimonio con la apreciable señora Da. Juana Rojas, dechado de virtudes cristianas y domésticas. El hogar de Alzedo en Chile acogió siempre a los peruanos que proscriptos o no, llegaban a Santiago, e innumerables personas pueden dar testimonio de la delicada cortesía, de la encantadora franqueza y amable solicitud con que la señora agasajaba a todos los compatriotas de su esposo.

En 1864, el Gobierno Peruano hizo venir a Lima al autor de la *Canción Nacional*, con el objeto de ponerlo al frente del Conservatorio de Música que hubo de crearse, dándole provisionalmente el nombramiento de Director General de las bandas del ejército y asignándole una pensión.

Posteriormente, la Sociedad Filarmónica de Lima lo nombró su Presidente Vitalicio *ad honorem*; y desde entonces Alzedo permanece entre nosotros, querido y respetado por sus amigos, que distinguen en él al mérito acompañado de la modestia. Esta la tiene el maestro Alzedo en tan alto grado, que con dificultad hemos obtenido de él, en conversación amistosa y sin declararle nuestro objeto, los pocos datos sobre sus primeros años.

¡Ojalá no considere violación de la fe que se debe a la amistad el ver este bosquejo al frente de su libro!

Como puede ya presumirse por el honroso puesto que por tantos años ocupó Alzedo en Chile, sus obras más notables son de carácter religioso. Entre otras recordamos un magnífico *Miserere*, una *Pasión* para el Domingo de Ramos y otra para Viernes Santo, tres

Misas solemnes en Re mayor, en Mi bemol, y Fa mayor, un bello Invitatorio de difuntos, varios motetes, un Benedictus, un Tantum ergo, Salve y Trisagio.

Por otra parte, no son pocas las obras marciales que compuso durante la época en que dirigía las bandas, entre otras *La Araucana*, obertura militar, últimamente ejecutada en Lima con aplauso de los inteligentes, varias *marchas*, muchos *pasos dobles*, distintas *variaciones*, *boleros* y *valeses*.

Pero por mil motivos, las composiciones patrióticas son las que mayor atención merecen. En primer lugar, tenemos nuestra *Canción Nacional*; después, *La Chicha*, canción criolla, impresa últimamente en el *Album de Ayacucho*, donde se atribuye erróneamente a D. Juan Tena; *La Despedida de las Chilenas al Ejército Libertador del Perú*; *La Pola*; *La Cora*; *La Burla a las godas*, que casi le costó la vida; y la *Canción* que por orden de San Martín, cantaban los niños en la plaza mayor de Lima.

Bien conocemos que no basta este tosco trabajo para hacer justicia al hombre y al artista. Para hacer justicia al maestro Alcedo, es necesario conocerle, tratarlo con frecuencia, en el abandono de una conversación familiar, como lo ha hecho por muchos años el que estos renglones escribe.

F. C. C. Zegarra.

Filosofía elemental de la Música

o sea La Exégesis de las doctrinas conducentes a su mejor inteligencia.

Por José Bernardo Alcedo

Lima.— Imprenta Liberal Calle de San Marcelo N° 55.— 1869.

Págs. III - VIII

NOTA: Se ha respetado la "z" de Alcedo.

BIOGRAFIA DE DON JOSE BERNARDO ALCEDO APARECIDA EN "EL PERUANO" CON OCASION DE SU FALLECIMIENTO, OCURRIDO EN LIMA EL 28 DE DICIEMBRE DE 1878.

UN PROCER MENOS

JOSE BERNARDO ALCEDO.

El sábado 28 de Diciembre de 1878, dejó de existir el señor don José Bernardo Alcedo, veterano de la Independencia y autor del Himno Nacional.